

sueño heroico del pasado. Pero no está mal reavivarlo en un mundo donde la bisutería de los primeros navegantes se ha convertido en un portentoso espectáculo de vitalismo económico y social.

marléne La aparición de Marlène Dietrich en la pequeña pantalla española habrá permitido a una generación reciente contemplar de cerca la fisonomía de la generación inmediata anterior; y no porque Marlène Dietrich sea precisamente el rostro de la generación madura, sino porque fue, con más propiedad, uno de los mitos de aquella promoción.

Marlène no fue la musa de los años treinta; tampoco fue su «tipo». Había otras figuras más afines que ella a la sensibilidad de su época, de los hombres de su época. En cambio, fue Marlène un símbolo femenino de esa época.

Como mujer fue Marlène una figura de transición; los personajes que interpretaba y su propia figura parecían llegarnos de un tiempo anterior. Marlène era —en «El ángel azul», en «Marruecos»— un residuo de las figuras femeninas de novela breve y galante que en España hubiera podido nacer de la pluma de Pedro de Répide o de Zamacois. Rubia, esbelta, fumadora de «Murattis» en larga boquilla, siempre en situación de cruzar las piernas y definir con descaro una línea incitante, subrayada por la tremenda —y teatral— intención de una mirada azul. Ese no era ya el lenguaje erótico de la época en que apareció Marlène, pero ella lo prolongó con éxito un par de lustros más sobre la adormilada conciencia de los hombres provecetos y la curiosidad de los jovencitos. Con esas armas viejas, con esos arcabuces un poco enmohecidos, batalló contra el inmenso talento y la personalidad de Greta Garbo, contra la estirpe de actriz y la exultante seducción de Joan Crawford, contra la feminidad de Claudette Colbert, contra Silvia Sydney, Miriam Hopkins, Norma Shearer, Bette Davis. Todas ellas fueron actrices superiores a Marlène. Pero Marlène ha tenido una supervivencia prolongada y —desde luego— admirable, mientras el tiempo ha he-



La Reina Guillermina, según Churchill, «el soldado más temible de Europa»

cho rancio el celuloide de sus contemporáneas.

Y ello ha sido así probablemente porque ella ha tenido el talento extra-artístico de saber ser permanentemente transitoria, de conocerse a sí misma como elemento y figura de tránsito. Ha seguido Marlène la corriente efímera de la moda. Frágil como un guijo en un torrente, se ha dejado llevar por la embestida. Las firmes rocas trágicas que se llamaron Greta o Norma Shearer quedaron in-

crustadas en su lugar, más recias que lo huido.

Todo en Marlène ha sido falso o inventado. En ella no hubo el arte, sino el artificio. Falsa —sorprendente— su voz, su sensualismo, su seducción, el humo de sus largos cigarrillos; falsa su ortopedia sentimental y —tal vez— su ortopedia a secas. Pero hoy todavía, publicitaria y rejuvenecida, suscita la atención mundana y provoca curiosidades en la «nueva ola». Verdaderamente ese es el «milagro alemán».

la reina guillermina

Winston Churchill decía de la Reina Guillermina de Holanda, recién fallecida, que era el «soldado más temible de Europa». Ese soldado con egregias faldas de la época del tercer Napoleón —o poco menos— ha sido la última superviviente de un tiempo en el que el matriarcado constituyó una de las bases de permanencia política. Época que la Reina Victoria de

Inglaterra personificó por derecho propio.

En Holanda la tradición real femenina se ha perpetuado y serán tres seguidos los eslabones de una tradición de mujeres en el Trono. Pero nos imaginamos que la impresión de autoridad dominante y mayestática que encarnó Guillermina durante cincuenta años ya no podrá ser repetida en sus sucesoras. Ello no depende sólo de las contingencias, del carácter

personal de las Soberanas, sino de la mengua de determinados conceptos sociológicos. A la monumentalidad de esas grandes figuras femeninas que estaban de pie —o en carroza— en mitad de un pueblo, presidiéndolo, la han minado las teorías niveladoras, el feminismo, que equipara a hombre y mujer, y, en definitiva, la falta de respeto que hoy abunda hacia el sexo contrario, tenido antes por «débil», precisamente en la época en que ese sexo tenía ejemplares como Victoria de Inglaterra o Guillermina de Holanda.

Determinados pueblos se sentían seguros en otro tiempo, cuando la cúspide del poder estaba personificada por una mujer. Durante toda la minoría de edad de Alfonso XIII, la vida parlamentaria en España se halla esmaltada de infinidad de frases felices, de requiebros, de «detalles» hacia la Soberana viuda. Más de una crisis se evitó por no darle un disgusto. Los más iracundos cabecillas de la revolución se quitaban un «canotier» dorado para darle respetuoso paso, porque, según es sabido, lo valiente no quita a lo cortés...